

**Wilfrido H. Corral: *Bolaño traducido. Nueva literatura mundial*. Madrid: Ediciones Escalera (Icono Sur, 4) 2011. 327 páginas.**

Los libros sobre Roberto Bolaño de autoría individual salen con regularidad y sin mucha diferenciación. Wilfrido H. Corral ha observado estas condiciones por varios años y colaborado en libros colectivos sobre el chileno. Su *Bolaño traducido. Nueva literatura mundial* concretiza esa experiencia. No hay aspecto de o sobre Bolaño, reclamos u opiniones de críticos, editores y lectores que no examine a fondo. Corral va al grano con convicción y gran sofisticación, y en su metodología multidisciplinaria y exhaustividad yace otro valor de este estudio seminal. Escudriña –en nueve capítulos simétricos, una genial introducción y “Algunos desenlaces”– la excelente acogida que sigue teniendo Bolaño, y progresa histórica y cronológicamente según el tiempo/espacio anglosajón y su crítica, notablemente varios reseñadores de medios prestigiosos, y populares. Evidentemente, arguye Corral, la legitimación que con frecuencia ocasiona la recepción internacional positiva rebota en la iberoamericana, y pacientemente estudia y valoriza ese doble valor y las implicaciones para los numerosos temas que entretiene en sus capítulos.

Corral tergiversa las reglas críticas, y en esa disyunción se complica la “Revolución Bolaño” que analiza, porque para 1996 –*annus mirabilis* en que coinciden *La literatura nazi en América*, el comienzo de la Red Mundial y la accesibilidad del tipo de crítica que pone en perspectiva– también se establece una “nueva literatura mundial”. Ésta, como examina el capítulo “República bananera de las letras: los pasos perdidos”, es híbrida, escrita en inglés o traducida a esa lengua; y diferente de Bolaño, cumple habitualmente con

expectativas políticamente correctas y exotismos renovados, para ser comercializada inmediatamente.

Bolaño entra en ese mundo repentinamente, no sólo porque desde su exilio en México y principalmente en España había cumplido con un periplo artístico y personal que cabría a la perfección con esa literatura, sino por numerosos valores permanentes que Corral recupera. Ese recibimiento, sigue, satisfizo más a editores y agentes y tergiversó el contexto real de Bolaño, como determina en el capítulo “La acogida mundial del apóstata”. Sus afirmaciones y descubrimientos son emblemáticos de la seriedad de su enfoque y el sentido de la ironía que le permite discutir personalidades enigmáticas, perspectivas extremistas e inclusive algunas anécdotas entretenidas.

A acólitos, agentes, intérpretes, herederos y sobre todo a los académicos les molestan las tesis y reivindicaciones de otros respecto al legado literario o herencia cultural del Maestro. *Bolaño traducido* es la primera investigación que pone esas opiniones en su lugar, frenando entusiasmos nacionales e internacionales sentimentales, a la vez que respeta y enfatiza la obra, como revela su análisis de los cuentos parcialmente traducidos del autor en el cuarto capítulo. Otro hilo importante de sus rigurosos capítulos es explicar ampliamente que Bolaño creó una plantilla metaficticia sobre cómo *no* negociar o manipular lo que sobrevive de un autor.

Los capítulos “La acogida mundial del apóstata” y “No todos los cuentos” no dejan títere crítico (o noción débil de la versión internacional e iberoamericana de la nueva literatura mundial) sin cabeza, con lógica irrefutable sobre las contradicciones y falta de novedad e historicidad del concepto. Se concentra, particularmente en el último capítulo, en autores y críticos latinoamericanos o europeos, aunque más

en algunos latinoamericanistas radicados en EE.UU. que descubren la pólvora o pontifican y escriben de acuerdo a expectativas anglosajonas, ignorando la vasta investigación iberoamericana.

Corral cuestiona incesantemente cómo las traducciones, muy buenas, generan una versión errónea de la progresión de Bolaño. La culpa no es de los traductores, sino del esfuerzo editorial conectado al de las reseñas, que encuentra una veta dorada en la obra del chileno. Desde esa perspectiva, los capítulos cinco, seis y siete son deslumbrantes y convincentes, sensatos y valerosos respecto a influencias relegadas. El quinto, sobre *Los detectives salvajes*, analiza la obsesión por conectar el malditismo y vandalismo que caracterizan pero no definen a esa novela con el tono insolente del autor. Esas amenazas, provocaciones y vuelos retóricos, cree Corral, son guiños u homenajes a autores “raros” y vanguardistas, que le sirven al chileno como dobles demoniacos en otras obras.

El sexto capítulo analiza la vocación calificada como “prosa poética”. Corral la reconoce, pero no observa una división de poderes estéticos, por más que Bolaño desobedezca las restricciones genéricas. Sostiene que emplear la biografía como estetoscopio realza el drama inherente de la poesía, pero subestima la capacidad de un poeta para crear personajes imaginarios. Vale repetir respecto a la poesía lo que manifiesta acerca de *Los detectives salvajes*: “La fábula se contradice continuamente para justificar coincidencias inverosímiles, y los lectores aceptan el desafío porque todo está logrado con un placer por el narrar” (p. 172); y “Tampoco hay virtud en estancarse en un poema ‘programático’ de su sensibilidad lírica, porque Bolaño no convirtió el origen de sus obras en tema” (p. 221).

El capítulo “‘Introducciones’ y visiones de conjunto” es severo con cierta

recepción anglosajona. Fue con las novelas cortas y un par de selecciones de sus cuentos con lo que se presentó a Bolaño a ese público. Los destiempos, y mayormente los desencuentros conceptuales, culturales y políticos causados por ese inicio produjeron un Bolaño “para los Otros”, que hace que ese público todavía juzgue más al mito, o se base en su leyenda. Corral concluye: “cuando los lectores limitados al inglés se quieren referir a fuentes autorizadas y legítimas, casi inevitablemente citan *The New York Times* o *The New Yorker*, así que el fluir transatlántico tiene sus limitaciones, paradojas y privilegios” (p. 224).

El capítulo “El fascismo literario mundial”, dedicado a *La literatura nazi en América*, teje conexiones ignoradas por la crítica convencional, y tiende puentes a lecturas politizadas. Oponiéndose a la fijación en la violencia como factótum explicativo o génesis y meollo, Corral esclarece cómo “[e]n Bolaño no hay indicios claros de que desea que se derrumbe el orden prevalente, o de que cree que se obtendrá grandes cambios si se lo derrocaria [...] no le importaba restaurar el orden, y su mundo no es un sistema de encadenamientos necesarios entre acciones y hechos, sino un universo de claroscuros que asegura que las fuerzas descriptivas no están en la sociedad sino en ciertos individuos” (p. 253). Es decir, *Bolaño traducido* se preocupa más de la gran naturaleza humana.

Así, el último capítulo, “2666: el secreto del mundo en la obra maestra”, es el más extenso y discute cómo algunos críticos extranjeros entienden esa obra maestra mejor que los iberoamericanos, y no sólo por precisar las infinitas alusiones de cada “parte” de esa novela total. Para no explicar lo consabido Corral parte desde una crítica estadounidense que aseveró: “Sólo una vez que hemos aprendido

cómo leerlo [2666] nos damos cuenta de que su fealdad es en realidad un tipo de nueva belleza totalmente inesperada” (p. 264). Vuelve entonces a criticar varias contradicciones “teóricas” de los adeptos de la nueva literatura mundial, consciente de que “no todas estas notas, apuntes y reseñas, a pesar de su evidente entusiasmo, logran desarmar los mitos y realidades del éxito de Bolaño” (p. 271).

Corral dialoga con la crítica actual para acabar con sus tópicos. Discutiendo en el séptimo capítulo *Los sinsabores del verdadero policía* y los traumas y resultados que le podría causar a los intérpretes, afirma: “Parece que por muchos años seguiremos preguntándonos ‘¿qué habría dicho Bolaño de todo esto?’” (p. 224). Este libro, tan rebelde y astuto como su materia, contesta esa pregunta y comprueba que el “bolañismo” es menos una tradición única y coherente que un juego de discursos de visiones generalmente positivas pero ambiguas del chileno. Como patentiza Corral, las “poses” de Bolaño resultaron válidas, reforzadas infinitamente por el valor de su obra en una cultura que, al querer reinventarse constantemente, sugiere que sufre de los problemas que *Bolaño traducido* desmonta.

Caridad Kenna  
(Stanford University)

